

MI HIJA ES MÉDIUM

Mayo, 2025

© Olga Valiente

Edición, diseño, corrección y portada: Olga Valiente

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático o su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos), sin el permiso previo y escrito de la autora.

© Olga Valiente

ISBN:

SELLO: Independently published

MI HIJA ES MÉDIUM

Olga Valiente

A tí, Lynnea,

mi maestra, mi espejo, mi alma gemela.

Por enseñarme ver más allá de lo visible a los ojos.

Prólogo

Hay historias que nacen para ser contadas. Otras, en cambio, para ser recordadas eternamente. La mía, la nuestra, nació para ser comprendida...sin prejuicios.

Nada de esto es un cuento. Tampoco se trata de una novela de misterio y, mucho menos, de un manual de autoayuda. Es más bien una confesión.

Lo que aquí se presenta es una historia —real o no, quién sabe— de una madre que tiene que aceptar que su pequeña no percibe el mundo como todos los demás lo hacen; una guía para los que aún se sienten un poco perdidos; un refugio para todos aquellos padres que presienten que algo anda mal, aun cuando todo parece estar en calma.

Es, sobre todo, una particular carta de amor a ella, a mí misma y a todas las almas que saben que han venido a este mundo con una clara misión.

Así que, si estás leyendo esto, no es casualidad. Quizá sea porque tú también tienes un hijo que se siente diferente. O puede que, tal vez, ese hijo hayas sido tú.

El día más feliz de mi vida

“No nacemos al azar; nuestras almas eligen con propósito
el momento, el lugar y a los padres.”

Brian Weiss

Recuerdo aquel día como si fuera ayer, aunque hayan pasado ya seis años y te vea cada vez más y más mayor. Era una mañana tibia de invierno, de esas en las que te levantas sin entender muy bien si hace frío o calor. Los rayos cálidos y dorados del sol se filtraban por las cortinas de la habitación, y el día lucía tranquilo, sereno, como si el universo mismo celebrara el milagro que estaba a punto de suceder.

Poner un pie en el suelo me bastó para sentir la ola de emociones que me inundaba: miedo, alegría, curiosidad y, sobre todo, la certeza abrumadora de que, en tan sólo unas horas, mi vida cambiaría para siempre. Decidir traerte al

mundo de manera “no natural” supuso escuchar los comentarios de quienes se consideraban mejores madres solo por haber pasado horas de parto, exhaustas, con dolor, gritando por terminar.

Pero ahí estaba yo, desayunando como una reina antes de empezar el ayuno y prepararme para recibirte. Cada hora que pasaba, me acercaba más a ti, y con ellas, los nervios hicieron su aparición. El tiempo de espera, antes de acudir al hospital, se me hizo interminable y, por más que trataba de distraerme leyendo, limpiando o caminando, mi mente no podía dejar de imaginar cómo ocurriría todo y qué sentiría al verte.

Llegué al hospital con el corazón latiendo a mil por hora, agarrando con fuerza la mano de tu padre e intentando controlar el temblor que se había apoderado de mis piernas desde hacía unas horas. En la nuca, un cosquilleo extraño —mezcla de emoción y pánico— me impedía mantener la calma, así que, empecé a cantar en voz bajita una canción, como susurrando, una canción solo para ti y para mí.

Heart beats fast

Colors and promises

How to be brave?

How can I love when I'm afraid to fall?

Nos acercamos al mostrador, dimos nuestro nombre y entregamos toda la documentación que, amablemente, nos pidió la administrativa con una sonrisa en el rostro con la que intentaba tranquilizarme. Nos indicó la planta y el número de habitación a la que debíamos dirigirnos: planta 2, habitación 14. No pertenezco al grupo de personas que creen en las casualidades, sino al de las que se fijan en las señales del destino. Ese día era 14 de febrero.

One step closer

I have died every day waiting for you

Darling, don't be afraid

I have loved you for a thousand years

I'll love you for a thousand more

Mientras la enfermera —que hacía tan solo unos meses había sido mi alumna en prácticas— me canalizaba la vía venosa, no podía dejar de pensar en lo irónico que resultaba mostrarme tan vulnerable frente a quien, hasta hace poco, aparenté ser fuerte y segura. Por una vez era yo quien dependía de los cuidados del prójimo, quien sentía el pinchazo de la aguja y temía a lo desconocido.

Aún con la mano dolorida, y aquella canción en bucle en mi mente, vinieron a buscarme para bajar a quirófano ¡Menos mal que ya llevaba puesta la famosa bata azul! El único que llegó a tiempo para verme antes de bajar fue tu padrino, que entraba por la puerta de la habitación en el momento justo en el que me sacaban acostada en la camilla.

El trayecto hasta quirófano me pareció interminable y fugaz a la vez: las luces del techo, los sonidos metálicos de los soportes para sueros, las sillas, el aroma inconfundible a esterilidad y desinfectante, el ascensor... El celador que me acompañaba me sonreía y me decía lo bonito que le parecía nacer en un día así, el día del amor, mientras yo seguía tarareando la misma canción inmersa en la cascada de emociones que me envolvía.

I will be brave

I Will not let anything take away

Qué alegría me dio encontrarme con ella. No pudo tocarnos mejor anestesista: guapa, simpática, amable, sonriente... Habiendo trabajado con ella y sabiendo lo dulce que era con sus pacientes, sentir su mano fue el bálsamo que necesitaba para calmar mis nervios. Mientras hablaba conmigo, sus compañeros me iban preparando

para enfrentar lo que más miedo me daba, incluso más que la propia cesárea: la anestesia intradural.

Y entonces llegaste.

Cogerte en brazos por primera vez, hizo que toda la sala se llenase de una luz serena y sagrada que nos aislaba de todo y de todos. A nuestro alrededor ya no existía nada: ni cansancio, ni miedo, ni ruidos..., ni siquiera el personal. Solas tú y yo.

Eras tan pequeña, y parecías tan delicada y frágil, que ignoré por un instante la fuerza con la que llegaste. Tu llanto, la forma en la que te aferraste a mi pecho y aquellos grandes ojos con los que me buscaste...Y cuando nuestra piel se reconoció, sentí una conexión profunda, como nunca antes había experimentado. Tan auténtica y mágica como la vida. Tan única como tú.

Siempre creí haber conocido el amor verdadero, ese que se queda en el corazón aún con los años y a pesar de la distancia. Pero en ese instante comprendí cuán equivocada estaba. El verdadero significado del amor

incondicional, por encima de todo, llegó a mi vida justo al mirarte. Era algo inexplicable, visceral, como una llama ardiendo por dentro, queriendo estallar y salir a la superficie, un impulso de querer protegerte con mi propia vida.

Decidí llamarte Lilith, pese a las quejas de tu padre y tus abuelos. Desde que conocí la historia de la primera mujer de la Creación, según los hebreos, soñé con ese nombre varias veces durante el embarazo. Una señal clara de que ese debía ser el tuyo.

Me bastó unos segundos para darme cuenta de que no eras como los demás. Supongo que todas las madres sienten lo mismo al ver por vez primera la carita de sus retoños, pero créeme cuando digo que tu llegada a la vida la sentí poderosa. Como si el mundo hubiera contenido el aliento al verte y las estrellas entendieran que mi vida acababa de cambiar...Y no solo por haberme convertido en mamá, sino por las enseñanzas que traerías a quienes te rodearan.

Todavía hoy, cuando cierro los ojos, recuerdo cómo te contemplaba en silencio durante tu primera noche. Todos

se habían marchado a descansar y el bullicio típico del del hospital ya se había disipado. Eras una completa desconocida, nunca antes te había visto y, de repente, te amaba con todo mi ser. Me parecía imposible que alguien tan diminuto e indefenso, pudiera irradiar tanta luz y despertar tanto amor.

Te escuchaba respirar, y con cada suave movimiento de tu pecho me sentía más unida a ti, más presente que nunca. Todo encajaba: el momento, el lugar, tú y yo. ¡Bendita incertidumbre la de los meses anteriores, que terminó convirtiéndose en esa calidez tan reconfortante!

Estuvimos dos días en el hospital: tú durmiendo, comiendo y haciendo popó; y yo sangrando, hinchada y con dolores —sin comer, sin dormir, y sintiéndome la mujer más fea del mundo—, pero feliz. Al volver a casa, los días siguientes se llenaron de primeras veces: la primera vez que lloraste, la primera vez que tu manita agarró mi dedo, la primera vez que nos quedamos dormidas en el sillón —yo con un pecho fuera y tú con él en la boca—.

Pero dejémonos de ñoñerías y centrémonos en lo que realmente nos incumbe en este libro: tu don.

Como ya dije, tu nombre causó furor. Al parecer, nadie —y menos aún tu padre— estaba de acuerdo con él, como si hubieran sido ellos los que te llevaron dentro casi 9 meses y su opinión contara más que la mía. Me decían que darte el nombre de una diosa considerada un ser demoníaco por muchas religiones no te haría bien. Sin embargo, yo tenía la absoluta certeza de que llamarte como la primera mujer del mundo, capaz de abandonar el Edén y vivir a su manera, sintiéndose libre, te daría fuerza y valor.

Y no, no estoy loca. Existen numerosos estudios de profesores universitarios y psicólogos norteamericanos que han demostrado que el nombre que damos a nuestros hijos influye en su personalidad, su desarrollo y hasta en la manera en la que se relacionan con los demás.

Menos mal que, al cabo de un par de días, y después de mucho leer sobre el tema, papá se dio cuenta de que eras perfecta, te llamaras como te llamaras. Es más, se

enorgullecía al pronunciar tu nombre, sintiendo evocar el recuerdo de algo muy antiguo, lleno de historia y pasión, que te ayudaría a moldear la que sería tu propia esencia.

A medida que crecías, me fui dando cuenta de que mi presentimiento inicial no iba muy desencaminado. Desde muy pronto demostrarse ser curiosa, observadora e inteligente. Acariciabas mi cara cuando notabas que estaba triste o cansada, llamabas mi atención cuando nos veías discutir y prestabas atención a todo lo que decíamos, mirándonos con los ojos bien abiertos.

Tenía la certeza de que habías venido a este mundo con un propósito especial y yo estaba decidida a descubrir de qué se trataba... y acompañarte en el camino.